

Cuaresma y Pascua jubilar

El miércoles 5 de marzo, iniciamos el tiempo fuerte de la Cuaresma. Lo hacemos con la imposición de la ceniza en nuestras cabezas, hecho que nos recuerda la fragilidad de nuestra condición y la dependencia que tenemos unos de otros y, especialmente, de Dios.

La Palabra de Dios nos exhorta a ponernos en camino hacia la Pascua mediante la conversión y la fe. *“Convertíos y creed en el Evangelio”* (Mc 1,15), nos dice Jesús al inicio de la peregrinación cuaresmal. Convertirse es volver la mirada y el corazón a Dios con ánimo firme y sincero. Para ello hemos de escuchar de nuevo, contemplar con silencio interior y acoger con fe confiada la buena Noticia: Jesucristo, muerto y resucitado, es nuestra Esperanza. En Jesús, Dios nos ama a cada uno y nos ofrece su amor personal e infinito para que, creyendo en Él, tengamos Vida plena, eterna y feliz. Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, se entregó hasta la muerte por amor a cada uno de nosotros. Cristo está vivo y nos ofrece su vida, su amistad y su salvación. Dios, que nos ha pensado y amado desde siempre, nos indica el camino para alcanzar la felicidad que anhelamos y la salvación que buscamos. Con amor nos sugiere e indica como a sus hijos y amigos lo que hemos de hacer y hemos de evitar para llegar a la Vida eterna, plena y feliz. Él nos quiere llevar a la comunión de vida consigo. Quien escucha su voz entrará en la tierra prometida, en el gozo del Paraíso.

Dios nos espera, no deja de hablarnos y no cesa de salir a nuestro encuentro. Ya en lo más íntimo de cada persona, en nuestra conciencia, resuena su voz. Cuando Dios nos habla al corazón, hemos de escuchar su Palabra, acogerla y adherirnos plenamente a ella, dejarnos guiar por Él como llevados de la mano. Dios no nos quita nada. Dios nos da todo. Dios se nos da a sí mismo en su Hijo, Jesús. Nos podemos fiar de Dios y confiar en Dios, al igual que un niño se abandona en los brazos de su madre y se deja llevar por ella. El cristiano es una persona que se deja guiar por el Espíritu Santo.

La Cuaresma es un tiempo litúrgico que no tiene un fin en sí mismo, sino que su razón de ser es prepararnos para vivir con gozo y plenitud el tiempo de Pascua, que iniciaremos dentro de unos cuarenta días con la celebración solemne de la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Este año, la Cuaresma queda enmarcada por la celebración del Jubileo ordinario del año 2025, celebramos los 2025 años de la Encarnación del Señor, bajo el lema «Peregrinos de Esperanza».

Para preparar nuestros corazones para la celebración de la Pascua, nos sirve la lectura de la Bula de convocación de dicho Jubileo, que lleva por título *Spes non confundit* (la Esperanza no defrauda) –*SnC*-.¹

En un mundo agitado y angustiado como el nuestro, los cristianos estamos llamados a vivir la esperanza que Cristo nos ha comunicado. Los creyentes en Jesús muerto y Resucitado (Cristo), tenemos el deber de anunciarla y compartirla con tantos seres humanos que anhelan otro modo de existencia, distinta a la que ofrece el mundo. Por ello, el Papa nos invita a ser «Peregrinos de Esperanza».

¿En qué consiste o radica nuestra esperanza cristiana?. El papa Francisco nos dice que la esperanza cristiana encuentra su fundamento en la afirmación de fe: «Creo en la vida eterna». La esperanza «es la virtud teologal por la que aspiramos a la vida eterna como felicidad nuestra» (*SnC*, 19).

En virtud de la esperanza cristiana, «tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y de cada uno de nosotros no se dirige hacia [...] un abismo oscuro, sino que se orienta al encuentro con el Señor de la gloria» (*SnC*, 19). La esperanza cristiana consiste en que, ante la muerte, se recibe la certeza de que, gracias a Cristo, la vida no termina, sino que se transforma para siempre (cf. *SnC*, 20).

Tal vez no nos acabamos de creer el contenido de nuestra esperanza cristiana. Por ello hemos de orar a Dios con fe e intensidad, para que por medio de Jesucristo y del Espíritu Santo reavive en nosotros el deseo por la vida eterna y la comunión con Dios.

¿Sabéis cuál es el problema por el cual hemos perdido la alegría y el entusiasmo verdaderos? .

Hemos perdido la esperanza y con ello la alegría inherente al evangelio, si viviéramos con plenitud la virtud de la esperanza, nuestra forma de vivir cambiaría radicalmente. Nuestros temores se desvanecerían. Por ejemplo, el dolor ante la muerte de un ser querido se transformaría en paz por saber que ha entrado ya en la casa del Padre y por saber que esa persona vela por nosotros. Solo es una despedida física temporal.

Volvamos la mirada y el corazón a Dios, dejémonos encontrar por su amor misericordioso, este año litúrgico seguimos al evangelista San Lucas, el evangelista de la Misericordia. Vivamos en adhesión amorosa a Dios y a sus

¹ El Papa Francisco después de la apertura del Jubileo Ordinario de 2025, presidió la santa misa de Nochebuena (24 de diciembre 2024), en la Basílica de San Pedro. En su homilía, subrayó que la virtud cristiana de la esperanza es incompatible con la pereza y exige a todos «hacerse peregrinos en busca de la verdad». Durante un año, los fieles de todo el mundo estamos invitados a cruzar una Puerta Santa y abrir de par en par sus puertas a Cristo.

En ella explica que la vida cristiana es *un camino*, que también necesita *momentos fuertes* para alimentar y robustecer la esperanza, compañera insustituible que permite vislumbrar la meta: el encuentro con el Señor Jesús”

mandamientos, y así será realidad en nuestra vida el amor al prójimo y a toda la creación.

El ayuno, la oración y la limosna, tal como los presenta Jesús en su predicación (Mateo 6, 1-18), son las condiciones y la expresión de nuestra conversión. En este tiempo de Cuaresma, acoger y vivir la verdad que se manifestó en Cristo significa ante todo dejarse alcanzar por la palabra de Dios.

Ayuno: No solo de comida y bebida, sino también de nuestro egoísmo, vanidad, orgullo, odio, pereza, murmuraciones, malos deseos, venganza, impureza, ira, envidia, rencor, injusticia, insensibilidad ante las miserias y necesidades del prójimo.

Limosna: No solo material, sino prestar ayuda a quien la necesita, enseñar al que no sabe, dar un buen consejo a quien lo pide, compartir alegrías, repartir sonrisa, ofrecer nuestro perdón a quien nos ha ofendido.

Oración: Sin oración, tanto el ayuno como la limosna no se sostendrían; caerían por su propio peso. En la oración, Dios va cambiando nuestro corazón, lo hace más limpio, más comprensivo, más generoso. La oración es generadora de amor e induce a la conversión interior.

No nos cansemos de pedir perdón en el sacramento de la Penitencia, porque Dios no se cansa de perdonar. No nos cansemos de luchar contra la concupiscencia, esa fragilidad que nos lleva a toda clase de mal. Y no nos cansemos de hacer el bien en la caridad activa hacia el prójimo.

En medio de tanto ruido hagamos espacios de desierto y silencio en nuestro interior y escuchemos la voz de Dios. Dios nos ofrece un año más un tiempo de gracia y de salvación. Cristo Jesús, muerto y resucitado para la Vida del mundo, es nuestra Esperanza.

Pidamos a Dios ser capaces de vivir con la conciencia de que nuestra vida es eterna, que aquí estamos de paso y que al cruzar el umbral de esta existencia humana nos espera una vida sin dolor ni angustia, sin sufrimiento, ni muerte ni pecado, gozando del amor y la vida sin límites, que vienen de Dios.

Rafael Pla Calatayud

rafael @betaniajerusalen.com